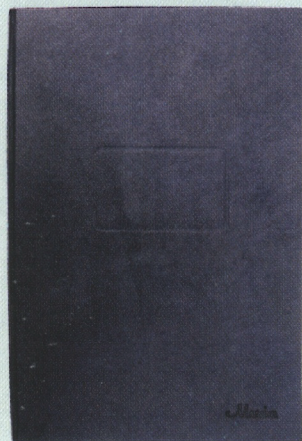


Juan Mejía es bruto como un pintor

Había un país que no se parecía a ningún otro país del mundo. La población estaba compuesta exclusivamente por jóvenes artistas. Los más viejos tenían 14 años, los más jóvenes tenían apenas 8. En las calles había una alegría, una bulla y un vocerío como para volverse loco. Bandas de pillos por todas partes: unos jugaban a las canicas, otros al objeto encontrado, otros al tejo, otros a la pelota, otros a cambiarse de ropa, otros montaban en patineta, otros en caballitos de madera; éstos jugaban a la gallinita ciega, aquéllos a la performance; unos al escondite, otros, vestidos de payaso, comían estopa encendida; unos recitaban, otros cantaban, otros dibujaban, otros daban saltos mortales, otros los filmaban, otros se divertían caminando con las manos en el suelo y las patas arriba; unos jugaban con el aro, otros a cambiar objetos de su sitio acostumbrado, otros paseaban vestidos de general con un yelmo de papel, un pincel, un procesador de imágenes portátil y un sable de cartón; unos reían, otros chillaban, otros llamaban, otros aplaudían, otros silbaban, otros hacían la voz de otros, otros imitaban el cacareo de la gallina cuando pone un huevo, otros formaban un trencito para poder rascarse la espalda mutuamente. En resumen, un tal pandemonio, un tal guirigay, una tal endiablada algazara, que había que ponerse algodón en los oídos para no quedarse sordo. En todas las plazas se veían galerías y museos de lona, y eventos y bienales y salones de arte, atestados de chicos desde la mañana hasta la noche y en todas las paredes de las casas se leían palabras grafitadas con plantilla que decían cosas tan bonitas como éstas: ¡Viva las currencias! (en lugar de ocurrencias), ¡no queremos más hescuelas! (en lugar de más escuelas), ¡abajo la istoria! (en lugar de la historia), y otras florituras de ese estilo...



En otro país, que no se parecía a ningún país, la población no estaba compuesta exclusivamente por jóvenes artistas. En este lugar un hombre, llamado Juan Mejía, había anotado con juicio en un cuaderno de contabilidad los títulos de los libros que había leído. Sus anotaciones se parecían a las páginas finales de algunas ediciones donde se reseñan "otros títulos de nuestra colección". A veces era posible detectar patrones en el listado y, como en un juego de muñecas rusas, se podía ver que un libro abría a otro libro; pero no existía una línea constante, había en cambio saltos acrobáticos: pasaba de leer *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, a *El pop art* de Lucy Lippard y de ahí a *El coqueto Aerodinámico rocanrol color caramelo de ron* de Tom Wolfe. El eclecticismo de Juan Mejía lo hacía extraño al género del lector *temático* que sólo lee "teoría" o "libros de historia" o "libros sobre la segunda guerra mundial" o "libros de cocina". Juan Mejía tenía una actitud omnívora: todo le interesaba. No tenía una sola preferencia porque las incluía todas.

Para la puesta en escena de este ejercicio de lectura, Juan Mejía había colgado un cuadro pintado por él. En la pintura aparecía el Pinocho del país llamado Disneilandia acompañado por el grillo Pepe Grillo; la imagen escogida era aquella del Pinocho juicioso, con su maleta de colegio cargada de libros y en actitud cordial con el grillo que –como lo señalaba la voz moral del mundo de Disney– es “la voz de su conciencia”. Al lado de esta pintura estaba escrita sobre la pared la lista de los títulos de los libros leídos tal como aparecían en su cuaderno. Cerrando este inventario, sobre una pequeña base vertical, había un árbol cultivado con la técnica del bonsái; un árbol que representaba la naturaleza de un árbol pero que por la mutilación de sus raíces nunca iba a alcanzar la dimensión adecuada para dar sombra a los hombres.

Un visitante que había viajado recientemente por los dos países notó que en ambos se daba el mismo furor y la misma actividad, pero que las obras hechas en el país de Juan Mejía producían menos fatiga y alcanzaban una mayor profundidad. El ruido del otro país impedía leer lo que allí se hacía y todo ese rirrafe alrededor de los jóvenes artistas ensordecía. El arte de Juan Mejía en cambio, consistía en ocultar el arte, en mostrar que la escritura de una obra se hace al ritmo de su lectura; cambiar el logro de este tono por el de una bulla fácil y frenética, era un intento simplista de reemplazar la figura del lector por la de un escritor compulsivo indiferente ante la posibilidad de la lectura. Una obra que no se lee es una obra que no existe. Los jóvenes artistas no eran culpables del todo, la mayoría reaccionaba a los consejos de unos maestros que les habían enseñado las palabras y sus formas pero no la posibilidad de interpretarlas. Su bulla era una reacción simétrica, pero opuesta, al conjunto de frases hechas con que hemos sido educados:

“El libro es el mejor amigo”

“El arte es una forma de expresión”

“La pintura está muerta”

Con razón, o tal vez sin en ella, Pinocho –al comienzo de la versión original de Collodi– había aplastado a Pepe Grillo contra una pared.

Lucas Ospina

